

VIII.

Los instantes que preceden siempre á un peligro son graves y solemnes. Lorenzo, despues de que el silencio de la noche apaciguó la cólera de su corazon, pensó en el dia siguiente, y no pudo ménos de enternecerse al pensar que tal vez iba á morir, que aquel era el último dia que pasaba con Manuel y Rafaelita. Sin embargo, le consoló la idea de que al ménos iba á morir por aquella mujer, á quien adoraba como á un sér celeste y á quien el sacrificio de su existencia era el único sacrificio digno que podia hacer. Los que no comprenden las delicadezas del alma, no pueden ni aun figurarse la melancólica voluptuosidad que en corazones como el de Lorenzo inspiran estos pensamientos.

Empleó una parte de la mañana en rasgar algunos papeles, ensayos de esa poesía melancólica y sentida de los corazones de veinte años, gemidos de su alma, aspiraciones á la libertad, ese ídolo de los séres puros y genorosos.

Despues paseó su mirada empañada por las lágrimas, en el modesto cuarto donde habia pasado los dias mas bellos de su existencia, y lloró..... le parecia que aquellos

muebles, testigos mudos de sus momentos de entusiasmo, de sus horas de melancolía, eran una parte de su sér.

Salió á la calle: el dia se le hizo eterno, y el ruido del público le causó hastío.

Al medio dia se reunió con Rafaelita, y al verla sintió que le faltaba el valor.

En seguida entró á ver á Manuel, y le estrechó la mano en silencio.

Manuel dormitaba; pero despertó sobresaltado y le dijo:

—Estoy muy triste, Lorenzo..... ¡Si vieras! este apretón de manos me ha parecido una despedida..... Hermano, si yo muero, no abandones nunca á Rafaelita..... Júramelo por lo que ames tú mas en la tierra.....

El jóven no pudo responder, y aquellos dos hombres lloraban juntos.

¡Dieron las tres!

Lorenzo se estremeció, pensando cómo habia corrido tan rápido el tiempo, y cuán poco era lo que le restaba.

Volvió entónces á su cuarto, y examinó minuciosamente un par de hermosas pistolas; jugó los muelles, midió las balas. Todo estaba exacto.

Los hombres mas valientes tiemblan al mirar de esta manera friamente la muerte; porque el valor no es la estupidéz, ni la ignorancia, sino la resolucion que se sobreponé á todo.

¡Eran las cuatro, la hora de partir!

Lorenzo tenia muchos deseos de despedirse de Rafaelita; mas no se atrevió. Lo habia sofocado el llanto, y hubiera causado un dolor terrible á la pobre muchacha.

Sin embargo, se detuvo en la sala y se arrodilló levantando en silencio los ojos al cielo.

Partió al fin, y desde el momento en que los caballos de la carretela lo arrancaron de aquel sitio, como si se hubiese roto el encanto, su corazon recobró el valor y su alma la energía.

Llegó á Coyoacan. El sol, ya muy inclinado hácia el Occidente, iba enrojeciendo sus rayos. El cielo estaba azul y limpio; el aire era tibio y perfumado, y el polvo que se levantaba al paso de los caballos parecia una lluvia de oro.....

Lorenzo dejó su carretela en la plaza, y siguió á pié la calle estrecha que conduce hasta la capilla de los Reyes.

Cuando llegó, los alrededores de la humilde iglesia estaban solitarios: sentóse sobre uno de los peñascos negros que forman el pavimento, al pié de un hermoso pino, y tendió su vista por el horizonte, contemplando á México desde léjos, reclinada sobre su alfombra de césped al borde de sus lagos.....

Pocos momentos despues llegó tambien á pié D. Diego. El viejo venia notablemente pálido; pero la sonrisa de sus labios era mas fria, mas irónica que nunca.

El jóven, sin abrir siquiera la boca, se levantó y echó á andar: su adversario le siguió inmediatamente.

Dieron la vuelta á la iglesia, por cuya puerta se escapaba un apacible aroma de mirra, como convidándolos con su tranquilidad, y comenzaron á bajar por una vereda sembrada á uno y otro lado de espinos y *nopales*.

El camino es quebrado y da varias vueltas, presentando algunos puntos de vista agrestes y pintorescos; por al-

gunos lados entre las rocas se eleva una cabaña de trabajadores; por otros aparecen unas cuantas ovejas; en un recodo de tierra hay flores. Pero á medida que Lorenzo y su compañero se internaban, la soledad se hacia mas completa; el paisaje mas difícil y agreste.

Al fin llegaron á un punto de tal manera aislado, que hubiera podido creerse que jamas planta humana le pisara.

Lorenzo se detuvo en una especie de plazuela pequeña sembrada de abrojos y de una grama seca y amarillenta, única vegetacion de aquel sitio. Las rocas volcánicas formaban una barrera que impedía la vista á todo extraño.

Depositó en tierra sus armas Lorenzo, y las enseñó á su contrario.

D. Diego las examinó friamente y las volvió á su lugar. El jóven cargó concienzudamente una y otra pistola, y presentó ambas á D. Diego para que escogiera.

Este tomó una y dijo:

—¿Habiamos convenido diez pasos?

—Los que vd. guste.

D. Diego y Lorenzo se pusieron de espaldas, y cada uno avanzó cinco pasos; pero el primero anduvo de prisa; y ántes que el otro ejecutara el movimiento, dió media vuelta, tendió el brazo hácia su contrario, y resonó un tiro.....

Cuando el humo se disipó, Lorenzo, que acababa de recibir una rozadura encima de la clavícula del lado derecho, miró á D. Diego.

El jóven levantó lentamente su brazo armado con la pistola sin descargar, y la fijó á la altura del corazon del

viejo, quien cerró los ojos fascinado, como un niño que no quiere ver el peligro.

—Podria matar á vd., le dijo con voz sonora, y tengo derécho de hacerlo por su traicion; pero no lo haré si me jura el no volver á levantar la vista, ni pensar en esa mujer que jamas corresponderá á los deseos de vd.....

—¿Porque prefiere á vd.....? preguntó sardónicamente D. Diego, á quien las palabras de su enemigo infundieran alguna esperanza.

—¡Silencio! gritó Lorenzo. No mancille vd. con sus palabras á quien es pura y santa como un ángel!

D. Diego se rió un instante, y Lorenzo sintió un impulso vehemente de matar á aquel miserable.

—Es dura la condicion..... esa mujer es muy linda, dijo al fin; pero bien mirado, la vida vale mas..... Está bueno, caballero; juro por mi honor, añadió, urgido por la fascinacion que ejercia sobre él la boca oscura de la pistola de Lorenzo, que no habia variado ni una sola línea de su terrible direccion; juro por mi honor olvidar toda pretension..... no volver á mirar á Rafaelita..... no pensar.....

—¡Basta! exclamó secamente Lorenzo.

Levantó el jóven la mano, y la bala de su arma fué á estrellarse contra una roca.

Guardó cuidadosamente las pistolas en su caja, tomó su sombrero, y pasó delante de D. Diego sin saludarle.

El viejo lo miró con sus ojos de serpiente, frios y brillantes, y tornó á reirse.

Lorenzo trepaba por una de las peñas con el corazon lleno de gozo. ¡Volvia á México! ¡volvía á reunirse con

los seres queridos de su corazón, de quienes se creyó separado.

El viejo metió entonces lentamente la mano en la faltriquera de su levita, sin apartar la vista del joven..... y un segundo después se oyó una detonación.

Lorenzo abrió los brazos, se soltó de la peña, y rodó hasta cerca de su contrario, gritando:

—¡Miserable.....!

El viejo arrojó lejos la pistola que acababa de cometer el crimen, y se inclinó hacia el herido. Le miró: estaba inmóvil: le palpó; había ya muerto! La bala había pasado de parte á parte el corazón.

—¡No siempre he de caer yo de rodillas! exclamó D. Diego, recordando la noche de su humillación.

Emprendió en seguida su camino, y en el momento de montar en su coche para volver á México, el lacayo le oyó murmurar:

—¡Pobre joven! era muy inocente con sus ideas caballerescas.....! El amor trastorna esas cabezas de veinte años.....

Aquel mismo día, domingo 17, Rafaelita, cerca del balcón, á eso de las cinco de la tarde, leía *La Imitación de Nuestro Señor Jesucristo*, libro divino que contiene consuelos para todos los dolores, porque se sentía agitada, triste, displicente.

Hay horas de una tristeza tan profunda en la vida, que no pueden explicarse sino por medio de una influencia sobrenatural.

Rafaelita había hojeado el libro, y se había detenido en aquella página que estaba en consonancia con el estado del ánimo.

«Si tuviérais la conciencia pura, no temeríais tanto la muerte.

«Mas valdría huir del pecado que evitar la muerte.

«Si no estais dispuesto hoy, ¿cómo podréis estarlo mañana?

«Mañana es un día incierto; ¿sabeis por ventura si viviréis mañana?

«¡Dichoso aquel que tiene constantemente la idea de la muerte ante su vista, y se dispone todos los días para morir.....!»*

De pronto se abrió la puerta, y Dolores, con la mirada extraviada, suelto el cabello, se precipitó en brazos de la joven, sollozando:

—¡Se van á matar.....! decía sofocada. ¡Dios mio! ¡Dios mio.....! y ya han partido.....

—¿Pero quiénes, Dolores?.....¡habla pronto! exclamó Rafaelita, por cuyo cerebro acababa de cruzar, como un relámpago, una idea.

—¡Lorenzo..... Diego!

—¡Lorenzo! balbuceó la esposa del músico, estremeciéndose y adivinando la verdad toda.

—¡Lorenzo! ¡Diego! continuaba llorando la viuda con ese dolor estrepitoso que se exhala en gritos: ¡Dios santo.....! Voy á volverme loca..... porque ¿no sabes que yo lo amo.....?

* Imitación de Jesucristo.—Lib. I, cap. XXIII.

—¡Silencio! la interrumpió Rafaelita; Manuel no está dormido, y puede oírnos.....

En efecto, el ciego acababa de toser.

Después de la primera explosión del dolor, aquellas dos mujeres quedaron abismadas, mirando maquinalmente, la una el suelo, la otra las páginas del libro.

Pocos minutos después de las seis, repentinamente, se llevó Rafaelita la mano al corazón y prorumpió en un grito:

—¿Qué es? preguntó Dolores.

—¡Lorenzo ha muerto! contestó en voz baja la joven, con ese acento confidencial que se toma en las grandes crisis de la vida.

Y oprimiéndose el pecho con ambas manos, como para sofocar los latidos de su corazón, añadió:

—¡Le han herido aquí.....! aquí.....! yo también he recibido el golpe.....

Dolores, loca de pesar, lloraba á gritos.

.....
Manuel lo había oído todo, y el grito de su esposa le hizo estremecerse hasta la médula de los huesos.

—¡Lorenzo! murmuró entre sí.

Y su primer pensamiento fué:—¡Cómo lo ama esa mujer.....!

Pero inmediatamente se arrepintió de aquel arranque de celos, que casi le había hecho regocijarse de semejante catástrofe y lloró también.....

¡Pobre Manuel! su alma y su corazón eran buenos, pero débiles y fáciles en sucumbir á ciertas instigaciones de mal.

D. Diego de Mirafuentes volvió á su casa, é hizo entender á la señora su hermana, que hablar de lo que había pasado era perderse, sin esperanza de lograr nada, pues todos los gemidos del mundo no lograrían volver la vida á Lorenzo.

Rafaelita no tuvo noticias de este malogrado joven sino hasta el martes siguiente, en que se pudo obtener su cadáver, después de las primeras diligencias judiciales, que no dieron la menor luz sobre quién pudiese ser el agresor.

¡Solo Dios sabe por qué las primeras flores que caen son las más bellas, las más puras, las más lozanas.....!
¡La vida está llena de enigmas, de enigmas cuyo secreto se encierra en la tumba.....!

—
¡Hay lazos que no se sienten bien sino hasta el momento en que un suceso viene á romperlos; amores de tal manera encadenados con nuestra existencia, que no se adivina toda su extensión sino hasta que la muerte ó la ausencia dejan en nuestra alma un vacío profundo!

Rafaelita y Manuel, solo cuando contemplaron el cadáver de Lorenzo, pálido, trasparente como la cera, comprendieron cuánto amaban á aquel joven. ¡Entonces fué cuando se convencieron de que realmente no existía ya aquel sér lleno de vida y de sentimiento! Hasta ese momento habían alimentado una de esas esperanzas insensatas é involuntarias de que el corazón gusta hacerse víctima. Parecíales que Lorenzo estaba lejos, pero que de una hora

á otra vendria á reunirse con ellos, á calmar esa vaga inquietud que los atormentaba.

Mas ante aquel cadáver, sobre cuya frente se reflejaba la luz amarillenta y fria de los cirios, ¿qué esperanza podia subsistir.....?

¡Realmente Lorenzo habia muerto!

Los médicos prohibieron al ciego permaneciese junto al cadáver: ¡solamente Rafaelita le hizo compañía desde las once de la mañana que entró, hasta la tarde en que se lo llevaron para siempre!

El aspecto de la muerte infunde respeto, veneracion y esperanza; únicamente á los seres materiales é imperfectos produce miedo; porque estos no conciben idea de la inmortalidad, ni sienten la necesidad de esa existencia superior y perfecta. El miedo es la repulsion del alma á la destruccion, al vacío, á la nada.....

Ardian frente al cadáver de Lorenzo dos grandes cirios, y su chisporroteo peculiar era lo único que interrumpia el religioso silencio que reinaba en aquella pieza. Algunas flores, que como una ofrenda funeraria habia deramado Rafaelita sobre el túmulo, mezclaban su aroma al olor de la cera.

¡Rafaelita permanecia de rodillas junto al cadáver, con la vista levantada al cielo; porque así como las estrellas dejan á su paso un rastro de luz sobre la bóveda celeste, así las almas de los escogidos dejan para sus hermanas una huella resplandeciente; y la jóven contemplaba á Lorenzo como el prisionero desde su calabozo mira las huellas del que ya alcanzó la libertad.....!

En medio de aquel aparato fúnebre, envuelta en un si-

lencio solemne, halagada por el perfume tibio y suave de las flores, Rafaelita reflexionó seriamente.

Lorenzo no habia sido una de esas criaturas que Dios cria para el mundo; fué un ángel, cuya peregrinacion sobre la tierra debia ser corta.

Era una de esas almas solitarias destinadas á no hallar compañera, para que no se derrame el tesoro de amor que encierran dentro de sí; era como una de esas estrellas de primera magnitud, que brillan sin rival en el firmamento. Puntos brillantes hácia donde todas las miradas se fijan, corazones escogidos que todos aman, pero á los cuales Dios guarda para que sean los diamantes de su diadema.

En la tarde llegó la hora de conducir el cadáver á su postrer morada.

¡Entónces Manuel y Rafaelita sintieron que se les arancaba un pedazo del corazon, y les pareció que era una práctica bárbara privar así á los que aman, de los despojos de un sér querido!

¡El ciego y la jóven, arrodillados, en místico silencio, despues de haber dado á Lorenzo el beso de despedida, oyeron el ruido de las pisadas que se iba extinguendo; luego, á lo léjos, el clamoreo de las campanas que elevaban su voz á Dios.....!

¿Qué influencia misteriosa tiene ese toque funeral, que infunde en nuestras almas la melancolía, la tristeza, cuando le oímos por un extraño; y nos llena de consuelo y de esperanza cuando se eleva al cielo por una persona á quien amamos.....?

¡Al fin el silencio pesó sobre el pecho de los esposos como la losa que oprimia el cadáver!

Rafaelita no derramó una lágrima: los grandes dolores son silenciosos y sombríos. Durante los primeros días estuvo agitada; pero á medida que el malestar físico que causa la ausencia fué extinguiéndose, su alma recobró la tranquilidad de la melancolía. ¿Cómo dar cabida á la desesperación, si para el alma cristiana, tras del sepulcro brilla la mas dulce y consoladora esperanza?

Por otra parte, la jóven sentía que las almas hermanas están unidas por un lazo misterioso que no se rompe con la muerte. Tenía una creencia poética y sentimental, nacida de ese íntimo instinto de verdad y de justicia que existe dentro de nosotros: creía que el alma que se va, no deja huérfana al alma que se queda, sino que libre de los lazos que la aprisionaban, es un intermediario entre Dios y esta. Rafaelita tenía fé en que había entónces una union mas íntima, union consustancial, por decirlo así, entre las dos almas. La que vuelve á su centro se confunde por medio del amor con la nuestra; nos deja la mitad de su sér, y lleva consigo la mitad del nuestro. Y de esta manera ella vive con nosotros acá, y nosotros vivimos con ella en el cielo.....

Esta era la explicacion que la jóven se daba de ese sentimiento vago, dulce, doloroso y celeste al propio tiempo, que llamamos *recuerdo* á falta de otra palabra mas exacta, memoria del corazon; esa sensacion del alma que se siente dividida; esa tension que la trae al cielo.....!

¿No creéis que el mundo participa hasta cierto punto de esta creencia consoladora? ¿No habeis visto, cuando niños, á vuestra madre arrodillarse á cierta hora para re-

zar por el alma de vuestro padre, como si en aquel momento hubiera comunicacion entre ambos.....?

Si las almas perdieran su personalidad al desprenderse de la tierra, ¿qué atractivo podia tener entónces la eternidad? Si perdieran su personalidad, ¿qué efecto resultaria de las recompensas ó los castigos de la otra vida.....? ¡Ay! da idea de las recompensas ó castigos en el otro mundo trae consigo la de la inmortalidad de los recuerdos de este.» *

«Si los vínculos de familia hubieran de romperse en el sepulcro, entónces seria la esperanza un engaño, el amor una pena, la vida un tormento, y la muerte un verdadero suplicio.» **

¡No, no! «el amor de la familia no se desvanece en el cielo.» ***

El amor de este mundo, el amor puro y espiritual que existe en ciertas almas, como el perfume en algunas flores, es principio del amor eterno que vive en el cielo!

* Mme. Krudner—Valerie.

** José Joaquin Pesado.—Prólogo á sus poesías.

*** R. P. Fray Domingo Lacordaire.—Conferencias de Nuestra Señora de Paris.